



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 8

CT 117 HISTORIA DE LA IGLESIA II

Klein, Herbert. “Orígenes de la esclavitud en América”. En *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*, traducción de Graciela Sánchez Albornoz, 13-23. Madrid: Alianza, 1986.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Capítulo 1

Orígenes de la esclavitud en América

La esclavitud africana en Latinoamérica y el Caribe constituye una etapa tardía de la evolución de esta institución. Desde la formación de sociedades complejas, la mayor parte del mundo conoció la esclavitud. Por lo común significaba esclavitud doméstica; con ella la capacidad de trabajo de la familia se ampliaba mediante el empleo de trabajadores sin relación de parentesco. Los esclavos han desempeñado, empero, toda clase de tareas, y en algunas sociedades incluso constituyeron clases o grupos fuera de la unidad doméstica. Pocos pueblos carecieron de esclavos; donde los hubo fueron tratados como individuos sin raíces ni historia, retenidos por la fuerza. Componían asimismo la fuerza laboral de mayor movilidad.

Los esclavos no fueron, naturalmente, los únicos adscritos a ciertas ocupaciones, ni tampoco excepcionales por su incapacidad para regir la propia vida. Campesinos, siervos, aun miembros del clan o del grupo de parentesco eran sometidos a servidumbre, por lo menos temporariamente. Individuos atados a la tierra, obligados a servir a los señores, sujetos a menudo a rígidas reglas y jerarquías por edad dentro de su grupo, poco se distinguieron de los esclavos en cuanto a trabajos o a derechos. Pero, en última instancia, la falta de todo vínculo social diferenciaba al esclavo de los demás trabajadores. Por esta condición precisamente eran apetecibles en el mundo preindustrial. Sin las ataduras y las vinculaciones propias de las clases libres, incluso las más bajas, el esclavo dependía por completo de la voluntad del amo. Este podía usarlo a su arbitrio a un costo en obligaciones recíprocas mucho más bajo que con cualquier otra clase de trabajadores.

Aunque antes del siglo xv muchos pueblos tuvieron esclavos, éstos solieron constituir una fracción pequeña de la fuerza de trabajo, sin importancia para la producción de bienes y servicios. Las sociedades evolucionadas se fundaban en el trabajo de campesinos, ya aldeanos dedicados a la agricultura, ya artesanos especializados en diversas manufacturas. Ambos grupos eran los productores principales; los esclavos quedaban relegados al servicio doméstico o al desempeño de tareas especiales para la clase alta. Ocasionalmente se los usó para labores peligrosas en empresas estatales, como la minería, que ni siquiera campesinos sometidos podían ser obligados a realizar; asimismo, guerreros vencidos y esclavizados fueron empleados en obras públicas. En casi todas las sociedades, los campesinos desempeñaron, sin embargo, la mayor parte de los trabajos.

La esclavitud existió, pues, desde antiguo y en numerosas partes del mundo. Sin embargo, su empleo para la producción industrial o mercantil data, según los investigadores, de los siglos inmediatamente anteriores a la era cristiana, y se originó en las ciudades-estado de Grecia o en el imperio romano. En esa época los esclavos preponderaron en la producción comercial destinada a mercados locales e internacionales; la esclavitud se convirtió en un factor de peso en esas economías.

La economía de la Grecia clásica de los siglos vi y v a. de C., con empleo de mano de obra esclava en grandes talleres que producían mercancías para un mercado internacional, es considerada por los historiadores como un hito en el desarrollo de la esclavitud. Entre los griegos la institución no tuvo, sin embargo, el mismo alcance que en el imperio romano.

La conquista romana, que constituyó en el continente euroasiático el imperio más extenso conocido hasta entonces, abrió la puerta a una vasta economía de mercado. Economías de mercado habían existido, naturalmente, antes; asimismo, otras naciones conquistadoras habían cautivado, como botín de guerra, a esclavos. Los romanos, empero, dieron al mercado y a la esclavitud dimensiones desconocidas hasta entonces. Sus ejércitos absorbieron hasta un 10 por 100 de la mano de obra campesina masculina de Italia; al mismo tiempo, la nobleza, enriquecida por la conquista y por los tributos de los pueblos sometidos, adquirió grandes extensiones de tierra. Resultó, pues, lógico, en un tiempo de expansión económica y pocos trabajadores disponibles, recurrir a una fuente abundante y barata de abastecimiento de mano de obra: los enemigos esclavizados. Aun cuando éstos se encarecieron al moderar la conquista su marcha, siguieron siendo una alternativa menos costosa que pagar los salarios que pudieran atraer a campesinos empeñados en una agricultura de subsistencia. Mercado en desarrollo con escasez de mano de obra es la combinación ideal que lleva a recurrir a la esclavitud o a otras formas de servidumbre.⁷

Entre las sociedades preindustriales, Roma destaca por el desarrollo de sus centros urbanos y de su mercado. En el momento de apogeo, el

30 por 100, se calcula, de la población de la península italiana vivía en ciudades; alrededor del 10 por 100 en el resto del imperio. Estos pobladores urbanos mal podían ser alimentados con los recursos proporcionados por una agricultura campesina tradicional. Sus alimentos provinieron más bien de la producción de grandes latifundios cultivados por esclavos y a cargo de administradores puestos por propietarios casi siempre ausentistas. La demanda de artesanías producidas en gran escala, destinadas al mercado interregional e internacional, dio también lugar a la aparición de esclavos con oficios especializados.

El tamaño de la fuerza de trabajo esclava fue asimismo inusual para tiempos premodernos. Aunque no hay cifras seguras, se ha calculado que Italia albergaba, en el momento de apogeo del imperio, de dos a tres millones de esclavos; éstos habrían representado entre el 35 y el 40 por 100 de la población total. Por más que los campesinos predominaron en la mano de obra rural, la cantidad de esclavos indica que éstos desempeñaron un papel vital en la mayor parte de las empresas productivas. Cuadrillas de esclavos eran un elemento común del paisaje rural; por todos los rincones del imperio y en posesión de casi todas las clases sociales se hallaban asimismo esclavos. En algunos lugares constituían un segmento considerable de la población. Hubo, además, algunas comunidades de esclavos bien organizadas; su existencia se hizo patente sobre todo en las grandes rebeliones, cuando por encima de la diversidad de orígenes, convergían sus intereses.

Como toda sociedad con esclavos, Roma los usó también para el servicio doméstico o para labores muy especializadas. Pero es en relación con la producción de artículos y servicios para el mercado que ha de considerarse a los romanos creadores de un sistema esclavista similar a los establecidos por Occidente a partir del siglo xvi. Las leyes y costumbres de Roma se reflejarían luego en la definición legal de la esclavitud, así como de otras instituciones, de la Europa occidental moderna.

Objetivo primario de la ley romana fue garantizar el derecho de propiedad del amo; al esclavo se le negaba el derecho a la libertad personal. Fuera de esto, la sociedad imponía restricciones al poder del amo sobre el esclavo. A éste no se le despojaba de toda personalidad legal, en relación, por ejemplo, con los derechos a la propiedad y a la seguridad personal. Estos se aceptaban en la medida en que no perjudicaran la movilidad de la fuerza de trabajo esclava. Esta actitud más «humana» nacía a menudo del interés de la propia clase del amo por tener una mano de obra estable. En nombre de una mayor eficiencia y de la paz social se acotaron, pues, los derechos absolutos del amo.

Ejemplo de restricción fue la emancipación. Ella era fundamentalmente, como otras prácticas relacionadas con la esclavitud, un derecho del amo, que disponía a voluntad de su propiedad, aun a expensas de su patrimonio. A diferencia de toda otra propiedad, los seres humanos podían ser liberados y, eventualmente, igualados con su poseedor. La manumisión reconocía, por consiguiente, la humanidad del esclavo, sin negar

el derecho de propiedad del dueño. Liberar al esclavo podía hacerse por razones económicas; resultaba muy beneficioso al amo manumitirlo a cambio de una cantidad de dinero. Era menester, por tanto, permitir al esclavo acumular un peculio, más o menos al margen del amo, con que comprar su libertad. Había casos, asimismo, en que el esclavo podía solicitar su libertad o el estado liberarlo, por interés público o méritos, aun en contra de la voluntad del amo.

Tampoco era razonable negar de plano al esclavo el derecho a la seguridad personal si el fin era extraer el máximo rendimiento de su fuerza de trabajo. Los romanos no regatearon el uso de la fuerza física para imponer obediencia. La voluntad del amo era a diario ley, y ejecutada plenamente. El estado, empero, no podía permitir matar al esclavo, ya que ello amenazaba la estabilidad social. Dolor, látigo, degradación y marginalidad eran, por supuesto, el pan de cada día del esclavo. Pero, en su crueldad, la eficacia del sistema requería no llegar al extremo de privarle de todo derecho. Al contrario, dejarle alguna personalidad legal se consideró en realidad esencial para el buen funcionamiento del régimen. Puesto que antiguos esclavos llegaban a ser ciudadanos romanos se procuró frenar a las fuerzas disociadoras como son la diversidad de orígenes y el racismo, presentes en muchos sistemas de esclavitud, y retener en cambio para los esclavos derechos secundarios que les quedaban —religión, educación, familia e incluso vínculos de parentesco. La posibilidad de alcanzar plena igualdad tras la emancipación tornó al régimen romano más «abierto» que muchos que aparecerían siglos después en América.

Mientras el imperio sobrevivió, la esclavitud prevaleció. Aunque no desapareció de Europa hasta avanzada la Edad Moderna, la esclavitud como institución económica decayó con las invasiones bárbaras del siglo v al VIII d. de C. Las mismas razones que dan cuenta de su desarrollo explican su colapso a fines de la era imperial. Con la declinación de los mercados urbanos, la desaparición del comercio internacional y la expansión de la agricultura de subsistencia, la fuerza de trabajo esclava dejó de ser eficiente y volvió a predominar la mano de obra campesina en toda labor rural. La esclavitud se redujo al ámbito doméstico. En la temprana Edad Media, la necesidad de defensa y seguridad dio origen a una nueva fuerza de trabajo semiservil, formada por campesinos que sacrificaban parte de su libertad a cambio de la protección del señor local. Los siervos desplazaron a los últimos esclavos que quedaban en la producción agrícola europea.

La esclavitud siguió, con todo, siendo importante en los pueblos germánicos de la frontera septentrional que guerras continuas abastecían de esclavos. En el mundo mediterráneo no cristiano experimentó cierto renacimiento entre los siglos VIII y XIII. Las invasiones musulmanas de las islas mediterráneas y, en particular, de España trajeron consigo el uso de esclavos en la agricultura y las industrias. La existencia de mercados islámicos de esclavos alentó un animado tráfico de cristianos.

El resurgimiento de los mercados internacionales tras las primeras cruzadas estimuló a los europeos cristianos a participar en el comercio esclavista. Genoveses y venecianos, que llegaban a Palestina, Siria, el Mar Negro y los Balcanes desde sus bases en las islas de Creta y Chipre, prosperaron gracias al tráfico de hombres. Abundaron entre ellos los esclavos —gentilicio que dio origen al término «esclavo»—, mas no fueron únicos. La oferta era variada. En las islas del Mediterráneo oriental podían encontrarse, a comienzos del siglo XIV, esclavos negros, musulmanes de todo tipo de Africa septentrional y Asia Menor, más nor-europeos y cristianos griegos y balcánicos.

No sólo la esclavitud, sino también la agricultura de plantación y la producción azucarera fueron actividades habituales en partes del mundo mediterráneo a partir del siglo VIII. El azúcar había sido introducido en Europa desde Asia durante las invasiones islámicas; los cristianos tuvieron, empero, la oportunidad de convertirse en productores gracias a la primera cruzada, a fines del siglo XI. Durante las dos centurias siguientes, las haciendas cristianas de Palestina produjeron azúcar con una fuerza de trabajo compuesta por esclavos, siervos de la gleba y trabajadores libres. Al caer estas tierras en poder de los turcos a fines del siglo XIII, el centro de la industria azucarera se trasladó a Chipre. Aquí mercaderes italianos y gobernantes locales emplearon mano de obra libre y esclava. Chipre fue a su vez reemplazada pronto por la colonia veneciana de Creta y después por Sicilia. Productora ésta de azúcar para el mercado europeo desde hacía unos doscientos años, terminó por ser el principal centro de esta actividad. La costa mediterránea de la España musulmana fue, entre fines del siglo XIII y comienzos del XIV, otra importante región azucarera que abasteció la Europa del oeste y del norte. En esta época la extensión más occidental de la industria se sitúa en el reino del Algarve, en la costa atlántica meridional de Portugal. No siempre el azúcar fue producido por esclavos; ni constituyeron éstos la única fuerza de trabajo en esta actividad. No obstante, la equiparación entre esclavitud y azúcar fue establecida entonces, antes de la conquista de América. En el Mediterráneo oriental nacieron en la baja Edad Media las técnicas de producción azucarera y la agricultura de plantación esclavista, desarrolladas después en las islas atlánticas y en el Nuevo Mundo.

En la Europa continental cristiana la esclavitud se confinó, a partir del siglo VIII, a actividades de escasa importancia, casi exclusivamente domésticas. Sin una economía de mercado capaz de sustentarlos, los esclavos perdieron el papel que habían desempeñado en la agricultura europea durante el imperio romano. Después del siglo X, una lenta reactivación del comercio y de diversas industrias impulsó la colonización de tierras nuevas, a la vez que el crecimiento de la población rural. Esta bastó para el cansado curso de las economías de mercado. La mano de obra esclava resultaba a la sazón demasiado cara.

En el mundo islámico del Mediterráneo, más avanzado, resurgió, en cambio, la esclavitud como importante factor de producción. La España musulmana importó, del siglo VIII al X, esclavos cristianos. Este único mercado europeo para esclavos se cerró, sin embargo, al declinar los estados islámicos de la península. Al ser conquistados más tarde por los cristianos ibéricos del norte, los campesinos y artesanos musulmanes fueron convertidos, más que en esclavos, en siervos. Lo sucedido en Egipto, que importó por año sólo en hombres 10.000 esclavos cristianos entre fines del siglo XIII e inicios del XIV, no tuvo equivalente en la Europa de entonces.

Al terminar la Edad Media existía en el Viejo Mundo una variedad de regímenes de esclavitud, los más importantes de ellos en la región mediterránea. Ningún estado europeo carecía de esclavos, por pocos que fueran; pero su empleo como mano de obra para agricultura y manufactura en gran escala había desaparecido. El ascenso de la economía europea se asentaba en una fuerza de trabajo campesina a la sazón en crecimiento. Cuando, a comienzos del siglo XV, las primeras carabelas portuguesas avistaron la costa de Guinea, la estructura legal heredada de Roma seguía intacta en la Europa cristiana; la esclavitud como institución había, en vez, declinado.

La esclavitud existía en África de antiguo; pero antes del tráfico negro atlántico era una institución, como en la Europa medieval cristiana, sin relevancia. En las sociedades evolucionadas del continente se circunscribía al ámbito doméstico; unos pocos estados bajo influencia musulmana desarrollaron tal vez alguna industria con mano de obra esclava. Asimismo, había esclavos negros fuera de África. Los numerosos estados africanos, sin unidad política o religiosa, compraban y vendían libremente esclavos, y también los exportaban. Las caravanas a través del Sahara transportaron, con otras mercaderías, esclavos de África al Mediterráneo, y esto desde la época prerromana hasta la moderna. En el siglo VIII, con la expansión del mundo islámico hasta el Mediterráneo oriental y la India, creció el tráfico musulmán. Entre los siglos IX y XIV tuvo lugar un trasiego internacional de esclavos bastante regular; la mayoría de ellos eran mujeres y niños. Por seis rutas principales de caravana y dos litorales se trajinaron en ese período, se calcula, entre 5.000 y 10.000 esclavos por año. El África septentrional siguió siendo la principal zona desde donde mercaderes musulmanes desarrollaron y difundieron buena parte de este tráfico; a ella seguían en orden de importancia los centros sobre el Mar Rojo y en la costa oriental sobre el océano Índico.

Mientras la influencia del Islam se expandía por las márgenes de África, donde regímenes de esclavitud semejante al musulmán empezaron a adoptarse, en el resto del continente la institución carecía de peso. En sistemas fundados en vínculos de parentesco y de linaje, los esclavos desempeñaban, sobre todo, funciones domésticas y aun religiosas, sirviendo de cualquier cosa, desde concubinas hasta víctimas para sacrificios, o si no como guerreros, administradores o trabajadores agrícolas.

No eran por lo común elemento decisivo en la producción, a cargo de otras clases, y su posición en la sociedad no estaba definida con tanto vigor como donde desempeñaban un papel fundamental. Los hijos de padre libre y madre esclava solían convertirse en miembros libres del grupo de parentesco; esclavos aculturados de segunda generación adquirirían más derechos y privilegios y quedaban menos sujetos al arbitrio del amo en punto a vigilancia o venta.

Hubo, sin embargo, sitios donde la esclavitud tuvo una función relevante en la vida económica, social o política. Regímenes islamizados de la franja subsahariana usaron grandes cantidades de esclavos como soldados o como trabajadores agrícolas. Algunos de los estados *wolof* emplearon esclavos para una agricultura destinada tanto al consumo local como a la exportación. Entre ellos, el más famoso, el imperio de Songhay, en el valle del río Níger, producía, en el siglo xv, en plantaciones de regadío, dotadas de miles de esclavos, trigo, arroz y otros alimentos que no sólo abastecían el ejército local sino que también se vendían a las caravanas que cruzaban el Sahara. También trabajaron esclavos en las minas de oro del Sudán occidental y en los depósitos saharianos de sal de Toghaza, así como en las plantaciones próximas a centros comerciales de Africa oriental, en Malindi y Mombasa al norte y en la isla de Madagascar.

El uso comercial de esclavos ilustrado por estos casos fue más bien excepcional. Cambios de fortuna en guerras y tráficos comerciales y hasta azares ecológicos convertían a los estados islámicos de la savana occidental de Africa en regiones inestables. En el decenio de 1590, invasores marroquíes destruyeron el imperio de Songhay. Prolongadas sequías desbarataron otros estados. Los regímenes esclavistas de Africa, en especial en el oeste, fueron, por tanto, escasos y poco duraderos antes de la llegada de los europeos cristianos.

Aunque el uso comercial en gran escala de esclavos fue limitado, su empleo se hallaba muy difundido. Antes de la trata atlántica existía, pues, un animado comercio, tanto interior como exterior, de esclavos. Durante los seis siglos anteriores a la llegada de los portugueses, entre 3,5 y 10 millones de africanos fueron remitidos fuera de Africa por las rutas del norte y del este. Estas corrientes de migrantes forzosos solieron contener más mujeres y niños que las que después cruzarían el Atlántico, y procedieron además de regiones que las remesas a América apenas afectarían. Junto con este tráfico internacional prosperó otro para satisfacer necesidades locales. Por ser el empleo de esclavos en Africa más que nada social y doméstico, las mujeres eran la mercancía favorita. Para abastecer a ambos tipos de tráfico se recurrió a toda suerte de prácticas, desde las capturas en guerras y correrías hasta el tributo en esclavos de pueblos sometidos o la esclavitud como pena judicial. Todos estos métodos se adaptaban después a maravilla a las necesidades de la trata atlántica.

La trata preatlántica fue evidentemente diferente de la europea posterior. Con más mujeres y procedencia principal de los pueblos africanos

del norte y del este fue menos intensa y sus repercusiones locales menos graves. Aun cuando el número de personas conducidas por la fuerza es impresionante, la trata anterior a 1.500 encajaba en organizaciones sociales, políticas y productivas donde el comercio de esclavos no pasaba, al fin y al cabo, de ser incidental. En este período el tráfico exterior quizá fuera incluso menos importante que el interior.

La llegada de los exploradores y comerciantes portugueses a la costa subsahariana apenas iniciado el siglo xv altera la historia de la esclavitud africana. Su tráfico se intensifica a la vez que cambian las fuentes de abastecimiento y los empleos a que se destinan los esclavos. Al comienzo, poco distinguía a los traficantes portugueses de sus colegas musulmanes del norte de Africa o de la franja subsahariana. Su primera preocupación fue precisamente circunvenir esas rutas comerciales abriendo otra por mar. Oro era lo que más apetecían; esclavos, pimienta, marfil... venían en segundo lugar. Cuando, en 1444, empezaron a embarcar esclavos, su destino principal fue Europa, donde servían como domésticos. Este tráfico prolongaba en realidad aquel ejercido por los musulmanes a través de las rutas de caravanas. Los portugueses abastecieron, asimismo, la demanda interna africana al canjear, en la costa, esclavos por oro. El interés por este mineral se explica por la escasez de metales preciosos que Europa, en plena expansión y con un balance negativo en el comercio con Asia, padecía entonces. El oro africano así exportado ayudaba a saldar ese intercambio. Pero los traficantes portugueses cambiarían de mira al prosperar la industria azucarera en las islas atlánticas y al abrirse a la conquista europea, a fines del siglo xv, el hemisferio occidental. Un nuevo empleo para los esclavos apareció entonces.

Mientras los portugueses comerciaron en las regiones de Senegambia y la Costa de Oro, se mantuvieron dentro de la red establecida por los traficantes musulmanes. Esta llegaba hasta las costas, y los portugueses alcanzaban puntos del interior navegando ríos como el Senegal y el Gambia. La fundación de São Jorge da Mina (Elmina) en la Costa de Oro se acopló a este esquema. De hecho, hasta el año de 1500 los portugueses sólo trajinaron de 500 a 1.000 esclavos anuales, y buena parte los vendían en Africa. Iniciado el siglo xvi, al establecerse una factoría de esclavos en la isla de Santo Tomé, en el golfo de Guinea, e iniciarse relaciones con el reino del Congo, la naturaleza de la trata europea cambió sustancialmente.

Los congoleños, situados a orillas del río Zaire, habían permanecido, antes de la llegada de los europeos, al margen del tráfico musulmán. El reino entró en relación con los portugueses y procuró controlar él la trata. Sacerdotes y consejeros portugueses fueron enviados a la corte; representantes del rey del Congo residían en Santo Tomé. Tales acontecimientos ocurrían al tiempo que los españoles conquistaban las islas del Caribe y los portugueses arribaban a Brasil. La desaparición de arawaks y de caribes de las primeras islas americanas ocupadas por europeos dio

ocasión a una temprana experimentación con mano de obra esclava procedente de África.

A partir de 1500, el volumen de la trata portuguesa sobrepasa los 2.000 esclavos anuales; en la década de 1530 éstos son embarcados directamente a América desde Santo Tomé. Los primeros forzados a cruzar el Atlántico habían sido, sin embargo, los negros cristianizados y aculturados de la península ibérica. La inmensa mayoría de los que llegaron a tierra americana de África fueron luego «bozales», negros sin cristianizar, que no hablaban lengua romance alguna.

Acontecimientos internos de África acarrearán hacia el decenio de 1560 otro cambio fundamental. Los portugueses proporcionan apoyo militar al régimen del Congo, amenazado por invasiones de enemigos africanos y fundan, en 1576, un establecimiento permanente en Luanda, en la frontera meridional del reino. El desarrollo de Luanda provocó la declinación de Santo Tomé como centro de factoraje y distribución. Los esclavos se embarcaban ahora en la costa continental y procedían de la región que supliría a América durante las tres centurias próximas con las mayores remesas de africanos. En 1600 la trata atlántica sobrepasa en volumen total a las de África oriental y septentrional. Habría, empero, que esperar hasta 1700 para que superara en valor a otras exportaciones africanas.

Así como la trata portuguesa en sus comienzos se acomodó a un esquema ya existente, el uso que en un primer momento los europeos hicieron de los esclavos llegados por el Atlántico siguió también pautas tradicionales. Durante la primera mitad del siglo xvi, los barcos negreiros llevaban su cargamento de África a la península ibérica. Desde Lisboa y Sevilla, centros de este floreciente comercio, los esclavos se distribuían por todo el Mediterráneo occidental. Pronto los africanos predominaron entre las comunidades políglotas esclavas en las ciudades más importantes; nunca fueron, en cambio, la fuerza de trabajo prevaleciente en las economías locales. Ni siquiera en las ciudades del sur de Portugal, donde existió el mayor número, sobrepasaron nunca el 15 por 100 de la población; en otros centros urbanos portugueses y castellanos no superaron el 10 por 100. En estos lugares, donde la esclavitud existía de antemano y donde abundaban los campesinos libres, los africanos no se usaron de manera muy diferente a los moros, que les habían precedido y coexistían con ellos. Desempeñaron, sobre todo, servicios domésticos; asimismo, se los podía encontrar, aunque en cantidad menor, en toda suerte de oficio, especializado o no. Se incorporaron también en ocupaciones inusuales y novedosas como, por ejemplo, marineros en barcos que traficaban esclavos u otras mercaderías con África —empleo que les duraría hasta el siglo xix. Ninguna de estas actividades era, con todo, fundamental para las diversas economías europeas.

Incluso los europeos más ricos poseían unos pocos esclavos; el amo de quince era considerado un caso insólito en el Portugal del siglo xvi. Tenían esclavos los aristócratas, instituciones y profesionales ricos, muchos

de los cuales eran también terratenientes. En raras ocasiones, sin embargo, los emplearon en la agricultura. Nunca constituyeron un segmento importante de la fuerza de trabajo rural. Con amplia mano de obra campesina disponible, a los africanos, dado su alto costo, no se les ocupó en la producción de bienes básicos; la Europa continental no desarrollaría dentro de sus fronteras durante los siglos XI y XVI un sistema de esclavitud similar al de la Roma clásica.

El régimen de esclavitud africana de la temprana Edad Moderna se fundió, pues, en Europa con el sistema ya existente; incluso adaptó instituciones cristianas tradicionales para los esclavos. Al ir desapareciendo los moros y demás grupos, los africanos se convirtieron en el segmento más numeroso entre los esclavos. Las instituciones locales, como las hermandades religiosas, se hicieron cargo de este cambio. Así, en Sevilla, existieron festividades especiales para las organizaciones seculares de los africanos católicos de la ciudad; lo mismo ocurrió en otras ciudades europeas donde residía importante número de negros. A fines del siglo XVI, en algunas partes se había constituido incluso una población de personas de color libres. Lisboa albergaba, hacia 1630, unos 15.000 esclavos y una comunidad estable de unos 2.000 negros libres que vivían, en su mayoría, en determinado sector de la ciudad.

Los africanos, nunca mayoritarios en la población local, diseminados en grupos pequeños, se integraron con relativa facilidad al sistema existente. Pronto adoptaron la cultura, la lengua y la religión de sus propietarios. Estos esclavos europeizados, llamados «ladinos» para distinguirlos de los bozales, fueron quienes acompañaron a sus amos en los viajes de descubrimiento y conquista. Tempranos migrantes a América, los esclavos ladinos, aunque contribuyeron a perfilar las normas legales, sociales y culturales que se aplicarían luego a las masas de africanos, no fueron empleados en la plantación. Desde la primera mitad del siglo XVI, ésta recurrió a negros bozales transportados directamente de África.

A la vez que abrían la costa africana a la penetración europea, los explotadores y marinos portugueses colonizaron las islas del Atlántico oriental. En los años de 1540 ocupaban las Azores, Madeira, Cabo Verde y Santo Tomé, islas hasta entonces deshabitadas; los españoles conquistaron, en cambio, en el último decenio del siglo, las Canarias. Algunas de estas tierras resultaron ideales para el cultivo del azúcar; los mercaderes italianos no tardaron en introducir allí las técnicas más avanzadas, aplicadas antes en el Mediterráneo. Tras diversos ensayos, Madeira, las Canarias y Santo Tomé destacaron como los mejores sitios para la industria. Al terminar la centuria, Madeira era el mayor productor europeo. Los portugueses importaron allí guanches nativos de las Canarias como esclavos, junto con africanos. Al finalizar la década de 1450, en el mercado de Londres se vendía azúcar de Madeira. En 1495 había aquí ochenta ingenios que refinaban un promedio de dieciocho toneladas anuales. Las explotaciones eran, sin embargo, relativamente pequeñas, puesto que el cultivo se hacía en terrazas. La plantación más extensa empleaba

sólo unos ochenta esclavos, cifra moderada en comparación con las brasileñas del siglo siguiente.

La industria azucarera de Madeira experimentó un ascenso y una caída rápidos. Para 1550 otras islas la aventajaban. Las Canarias, que habían entrado más tarde en la carrera, beneficiaban a principios del siglo XVI unas cincuenta toneladas anuales de azúcar. Sus haciendas costeras emplearon, como en Madeira, primero esclavos guanches, junto con moros importados de España; pero pronto se sirvieron, sobre todo, de africanos. También como en Madeira, quienes poseían esclavos y producían caña abundaban más que los propietarios de ingenios; aquéllos constituyeron un grupo intermedio de pequeños plantadores que trabajaban para los más ricos, los únicos que podían afrontar los elevados costos requeridos para erigir una refinería de azúcar.

La última isla atlántica donde se impuso la plantación azucarera esclavista fue Santo Tomé. Esta, como las Azores, Cabo Verde y Madeira, había estado despoblada antes de la ocupación europea. En 1550 operaban allí unos sesenta ingenios, con 2.000 esclavos de plantación, todos africanos. A éstos se agregaba regularmente un promedio de entre 5.000 y 6.000 esclavos encerrados en almacenes listos para ser transportados a Europa y América. A consecuencia de la competencia americana y el auge que la isla adquirió con la trata, su industria azucarera pronto declinó.

El ciclo de prosperidad y quiebra de estas islas azucareras rara vez duró más de un siglo. En ellas se configuró, sin embargo, el régimen de plantación esclavista que pasaría al escenario americano. En sus haciendas trabajaron africanos sin cristianizar ni europeizar embarcados directamente en la costa africana. Los esclavos fueron allí poco empleados en labores domésticas o urbanas, y se poseían en grandes cantidades, en comparación con la Europa de la época. Los rasgos del sistema de plantación vigente luego en el Nuevo Mundo tuvieron su anticipo en las islas atlánticas. En la cúspide de la jerarquía social se ubicó un reducido grupo de ricos propietarios de ingenios, en cuyas manos estaba la mayor parte de las tierras y de los esclavos. Le seguía una capa intermedia de plantadores europeos poseedores de tierras y esclavos, pero sin recursos para tener ingenio propio. Campesinos europeos pobres había muy pocos; para blancos sin esclavos quedaban algunos trabajos calificados, como administradores o capataces en los ingenios. Por debajo de todos, estaba la masa de esclavos negros, mayoritaria tanto en la fuerza de trabajo como en la población total. Así, antes de la migración masiva de africanos al otro lado del Atlántico había surgido ya el sistema de plantación fundado en el trabajo esclavo.